

UNIDAD IV

EL MAL

Soy uno de los que han colaborado en introducir esta era bárbara. **He trabajado con ahínco para hacer el aborto legal, asequible y disponible a petición.** En 1968, yo fui uno de los tres fundadores de la Liga de Acción Nacional por el Derecho al Aborto (*National Abortion Rights Action League*). **Dirigí la mayor clínica abortista de los Estados Unidos**, y como director supervisé decenas de miles de abortos. Yo mismo he practicado miles de ellos. ¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Cómo he podido hacer esto?

**B e r n a r d
N a t h a n s o n ,**
La mano de Dios.
Colección Libros mc,
Madrid 1999 (4ta.
ed.), pp. 11-12.

PRESENTACIÓN

Así como hemos dicho que sin la existencia de una verdadera libertad, la Ética resultaría superflua, también debemos sostener ahora que si dicha libertad se enderezase siempre hacia el bien, no existiría el mal moral y de esta manera tampoco la Ética...

¡Pero no es el caso! Como constata C.S. Lewis, una vez y otra vez todo ser humano experimenta en sí mismo la existencia de la falta moral. Quien con honestidad y profundidad reflexiona sobre su propia conducta, por ejemplo en el lapso de un día, no puede negar la presencia interior o exterior de intenciones o actos no buenos. Y quien hojea un periódico o mira, aunque sea 15 minutos, un noticiero no puede no constatar las infinitas formas que adquiere el mal libremente provocado por los hombres.

¿Hace falta acaso un ejemplo? Las palabras que presentamos en el texto introductor pertenecen al llamado “Rey del aborto” y así comienza a describirse, bajo la figura del “monstruo”, en el libro de su autobiografía y conversión (las negritas corresponden al autor). ¿Cómo podemos los seres humanos llegar a tal monstruosidad? ¿Cómo somos capaces de asesinar al más inocente e indefenso de todos los seres humanos: al bebé no nacido? ¿O cómo podemos hablar tranquilamente del tema, como se discute la suba de precios, café por medio? El ejemplo elegido, a mi parecer, manifiesta una de las formas más acabadas del mal organizado por nosotros, seres racionales y libres. Pero la lista es interminable: torturas, mentiras, abusos, venganzas, asesinatos, traiciones... ni siquiera me atrevo a ponerlos en orden de jerarquía por el nivel de gravedad y de degradación que implican.

El mal es un misterio. Y como tal no pretendemos agotarlo ni comprenderlo definitivamente. Aquí sólo haremos una modesta introducción a semejante tema. Enunciaremos sus causas y sus efectos y lo caracterizaremos por medio de sus “ir-en-contra-de” (ya que el mal sólo se define en contra de un bien, ni siquiera tiene consistencia propia...).

OBJETIVOS

- a) Constatar la realidad y dimensión del mal moral.
- b) Sopesar el rol fundamental de la voluntad en la aparición del mal moral.
- c) Destacar el carácter anti-natural e irracional del pecado.
- d) Distinguir la raíz del principio del pecado reflexionando acerca de la avaricia y la soberbia.
- e) Comprender la esencia de los desórdenes propios de los pecados capitales.
- f) Deducir los diferentes efectos producidos por el desorden del pecado.

TEMARIO

- 1.- El mal moral.
- 2.- Las causas del mal moral.
- 3.- Notas esenciales del mal moral.
- 4.- La avaricia y la soberbia.
- 5.- Los vicios y pecados capitales.
- 6.- Los efectos del mal moral.

MAPA CONCEPTUAL

TEXTO-APUNTE - EL MAL

*“Lo que Satanás puso en las mentes de nuestros remotos antepasados fue la idea de que podrían ser como dioses: que podrían ser sus propios amos; que podrían inventar alguna clase de felicidad sin Dios, aparte de Él. Y como resultado de este intento vano tenemos todo esto que llamamos historia humana –dinero, pobreza, ambición, guerra, prostitución, clases sociales y económicas, imperios, esclavitud, el prolongado y terrible relato del hombre en su afán por hallar algo fuera de Dios que pueda proporcionarle la felicidad”.*¹⁰⁶



Torre de Babel

El término *mal* es utilizado en el ámbito físico¹⁰⁷ (por ejemplo aplicado a una enfermedad, al dolor, a la presencia de cataclismos, etc.); en relación al intelecto (para señalar la ignorancia, el error, etc.) y también en el ámbito moral para hacer referencia al pecado. Aquí trataremos este último sentido: el mal moral.

1.- EL MAL MORAL O PECADO

*“La noción de mal es más amplia que la noción de pecado, como la noción de bien es más amplia que la de rectitud. El mal es toda privación de bien en cualquier sujeto, mientras que el pecado consiste en el acto que, realizado por un fin determinado, no guarda el orden debido a ese fin”.*¹⁰⁸

Como señala C.S. Lewis¹⁰⁹, así como constatamos la existencia de una *ley de la naturaleza humana* que está supuesta por detrás de nuestras discusiones, de nuestros instintos y de nuestros deseos o conveniencias, así también es un hecho que nadie le es completamente fiel, que la quebrantamos continuamente. La existencia del mal moral es un hecho que todos experimentamos como causantes o como afectados. El darnos cuenta de la distancia existente entre lo que hacemos y somos y lo que estamos llamados a hacer y a ser acorde a nuestro auténtico ser, es el punto de partida para valorar la medicina de la moral.

La existencia del mal moral es el punto de partida para valorar la medicina de la moral

2.- LAS CAUSAS DEL MAL MORAL

El mal nunca es querido por sí mismo. En efecto, como hemos considerado al tratar los *Fundamentos Antropológicos del orden moral*, todo lo que la voluntad quiere lo quiere bajo la razón de bien. Pero esto no significa que no haya actos malos (de lo contrario la Ética no tendría sentido). Nadie aspira al mal directamente, pero se lo quiere para evitar otro mal o para conseguir un bien.

¹⁰⁶ Lewis, C.S., *Cristianismo... y nada más!*. Ed. Caribe, Miami, 1977, p. 59.

¹⁰⁷ El mal físico es un daño producido por fuerzas naturales sin intervención de la voluntad del hombre. Este mal no es querido por Dios (cfr. Sab. 1, 13-14) pero puede permitirlo como medio para un bien superior (buscar su ayuda, dar más valor a lo espiritual, ser más solidarios, aferrarse menos a lo terrenal, etc.).

¹⁰⁸ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.21, a.1. Ed. cit., p. 564.

¹⁰⁹ Lewis, C.S., *Cristianismo... y nada más!*, op. cit., c. 1.

**En el mal
moral se da
una
absolutización
de un bien
relativo queri-
do fuera del
orden**

En el pecado, la voluntad busca la actualización de una potencia, la adquisición de un bien pero de un bien subalterno que se opone o impide lograr el bien específico de la naturaleza humana¹¹⁰.

*“La voluntad no se dirige siempre al bien verdadero, sino a veces al bien aparente, el cual, sin duda, encierra algún aspecto de bien, pero no es el bien que absolutamente convendría querer. Por eso, el acto de la voluntad no es siempre bueno, sino a veces malo”.*¹¹¹

Así en el mal moral se da una absolutización de un bien relativo querido fuera del orden.

*“Lo más peligroso que se puede hacer es tomar cualquiera de nuestros impulsos naturales y determinar cuál debe prevalecer a toda costa. No existe uno de ellos que no nos convierta en diablos si les damos el papel de guía absoluto”.*¹¹²

El querer desordenadamente algún bien temporal procede, a su vez, de un amor desordenado de sí mismo¹¹³.

Por eso debemos considerar que la **causa directa** de un acto voluntario desordenado es la **voluntad**, voluntad que sigue a la razón que se aparta de su regla y de la ley divina y persigue un bien temporal. Y de este modo se produce un desorden como efecto del defecto de dirección de la voluntad¹¹⁴.

Pero dado que los *sentidos* pueden inclinar los apetitos sensibles y estos arrastrar a la misma inteligencia y voluntad, entonces se debe decir que también ellos constituyen una causa interna, aunque remota, del pecado.

Así Santo Tomás distingue como **causas interiores** del pecado la ignorancia del entendimiento, las pasiones del apetito sensitivo y la malicia de la voluntad¹¹⁵.

a) La **ignorancia** puede ser causa accidental de pecado cuando priva del conocimiento que se está obligado a tener, conocimiento que prohíbe un acto pecaminoso. La ignorancia, a diferencia de la nesciencia¹¹⁶, es la privación de conocimientos que naturalmente podemos alcanzar, algunos de los cuales incluso debemos poseerlos necesariamente para obrar. Por eso, hay pecado de omisión cuando uno ignora algo que debería saber y que está a su alcance o, más aún, cuando voluntariamente se quiere ignorar algo para pecar mejor, más libremente. En cambio, cuando la ignorancia es invencible o el uso de la razón ha desaparecido, entonces la ignorancia excusa de pecado.

¹¹⁰ “La maldad consiste en buscar estas cosas (el placer, el dinero, el poder, la seguridad) por un método erróneo, por el camino erróneo, o en el exceso de tales cosas. Por supuesto que con esto no quiero decir que las personas crueles no sean extremadamente malvadas. Lo que quiero decir es que la maldad, cuando se la examina, resulta ser el deseo de obtener algo bueno por el camino equivocado. Se puede ser bueno por el solo amor a la bondad; no se puede ser malo sólo por amor a la maldad”. Lewis, C.S., *Cristianismo... y nada más*, op. cit., p. 54.

¹¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.19, a.2 ad 1. Ed. cit., p. 515.

¹¹² Lewis, C.S., *Cristianismo... y nada más!*, op. cit., p. 26.

¹¹³ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.77, a.4. BAC, vol. V, p.730. En las soluciones añade: “El amor ordenado de sí mismo es obligatorio y natural, a condición de que se desee un bien conveniente. En cambio, el amor desordenado, que lleva hasta el desprecio de Dios, decimos que es causa del pecado, como afirma San Agustín”.

¹¹⁴ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.75, a.1. Ed. cit., vol. V, p. 697.

¹¹⁵ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.75-78. Ed. cit., vol. V, pp. 694-752.

¹¹⁶ La nesciencia es simple ausencia de conocimiento, así cuando alguien no posee una ciencia, la desconoce.

b) Las **pasiones** sensibles, aunque no pueden arrastrar directamente a la voluntad, ejecutora de un acto malo, sin embargo pueden hacerlo de un modo indirecto: ya sea por una especie de distracción, al acaparar la fuerza de atención hacia un bien deleitable que lo atrae disminuyendo o anulando la capacidad de la voluntad de dirigir su propio movimiento, ya sea por hacer que la imaginación no pueda apartarse del objeto a la que la pasión está atada, y así el juicio de la razón y la voluntad que sigue a este juicio se encuentran cambiados por la pasión. Si las pasiones son demasiado intensas el hombre puede llegar a perder totalmente el uso de la razón, -“muchos se han vuelto locos por exceso de amor u odio” dice Santo Tomás¹¹⁷-, y así juzgar en casos particulares en contra de los principios universales que posee.

El pecado de pasión es llamado “de flaqueza” y es comparable a una enfermedad del alma ya que cuando los apetitos sensitivos son afectados por un desorden, el alma ya no se encuentra sometida al recto orden de la razón que es quien debe dirigirla.

Los desordenes de estos apetitos pueden ser catalogados en tres categorías, como sostiene San Juan: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida¹¹⁸. La primera se refiere al desorden de los bienes naturales que el hombre precisa para su sustento – por ejemplo la bebida, la comida, la relación sexual; la segunda a las cosas que producen deleite por vía de la imaginación – como la riqueza, la ropa, las joyas; y, en tercer lugar, el desorden del apetito irascible por excelencia: la soberbia.

c) Finalmente, la **malicia** de la voluntad es causa de pecado. Contra la doctrina de Sócrates que consideraba la ignorancia como real y única causa del acto malo, debemos afirmar, desde la experiencia misma, la existencia de hábitos malos, vicios y elecciones de bienes inferiores a plena conciencia que causan pecados de malicia. Estos pecados son mucho más graves¹¹⁹ que los de flaqueza ya que son realizados por elección del mal, por la misma voluntad que es la que se mueve al mal por no verse privada de un bien inferior que apetece; son más permanentes que los pasionales e implican una mala disposición en orden al fin, lo cual no necesariamente sucede con los desordenes sensitivos.

“Y ¿cuándo se dice que la voluntad obra desordenadamente? Cuando a un bien menor lo ama más que al mayor. Lo que sucede es que prefiere uno privarse del bien menos amado para gozar del más amado, lo mismo que prefiere que le corten un miembro antes de perder la vida que es lo más amado. De esta forma cuando la voluntad desordenada ama más un bien temporal –por ejemplo las riquezas o placeres– que el orden de la razón y la ley divina, o de la caridad y cosas semejantes, síguese que prefiere privarse de

**El mal es
privación de
un bien**

¹¹⁷ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.77, a.2. Ed. cit., vol. V, p. 724.

¹¹⁸ I Jn. 2, 16. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 1752.

¹¹⁹ “De dos fuentes puede nacer este pecado: de viciosa disposición transformada en hábito y de la sola remoción de lo que impediría la elección pecaminosa. En el primer caso, este pecado de malicia no es pecado especial, pues cabe un hábito vicioso en los distintos géneros de pecados. En el segundo, este pecado de malicia es pecado especial –de presunción, desesperación, etc.– y llámase pecado contra el Espíritu Santo.” Lumbreras, P., en Apéndices – Temas discutidos de la *Suma Teológica*, I-II, q.78. Ed. cit., vol. V, p. 963.

*un bien espiritual antes que de un bien temporal. Siempre se cumple que el mal no es otra cosa que privación de bien. En nuestro caso se prefiere intencionadamente un mal espiritual, mal absoluto, privativo del bien correspondiente, a condición de gozar de un bien temporal. Por eso se dice que es pecado de malicia verdadera un pecado calculado con severidad matemática, como eligiendo el mal a propósito”.*¹²⁰

Desde la fe sostenemos la existencia de un ángel caído, el **demonio**. ¿Qué papel juega éste en los actos malos? Las Sagradas Escrituras afirman que él induce a pecar¹²¹, pero su tentación no fuerza, sin embargo, a hacerlo; es posible resistirle. Santo Tomás enseña que la causa directa de un acto voluntario malo es, en un sentido, el objeto deseado, y en otro, la misma voluntad. El diablo no puede mover a pecar sino de modo indirecto: excitando la imaginación, presentando un objeto a los sentidos, “entenebreciendo” a la razón¹²²; unas veces persuadiendo externamente y otras interiormente. Por eso nunca pone en la necesidad absoluta de pecar. Si la razón no está impedida y queda libertad, entonces, puede resistir.

El diablo nunca pone en la necesidad absoluta de pecar

Queda de esta manera, como causa del pecado, el hombre. Y el **primer pecado**, el pecado original, instauró un desorden que pasó a todos los hombres de generación en generación y por eso se llama “pecado de naturaleza” en cuanto que recibió su naturaleza del primer padre¹²³. El pecado original es considerado como una “enfermedad de la naturaleza” ya que permanece como un hábito o disposición desordenada fruto de la ruptura de la armonía de la justicia originaria.

3.- NOTAS ESENCIALES DEL MAL MORAL

- Todo pecado es un actuar **contra naturam**, contra la naturaleza humana. El objeto de la voluntad natural es el bien de la razón, por eso el obrar un mal no es conforme a la tendencia natural. San Agustín señala:

Todo pecado es un actuar contra la naturaleza

*“¿Quién hay tan ciego que no vea que el mal de una cosa cualquiera es lo que es contrario a su naturaleza? (...) Añádese a esto que lo que es contrario a la naturaleza se opone a ella y tiende a su destrucción, tiende a hacer que lo que es no sea ya; porque una naturaleza no puede ser otra cosa que lo que constituye cada ser en su especie”.*¹²⁴

Por eso implica una degradación, una corrupción, una perversión que es una privación de bien. Es una privación del orden debido en la actividad libre del hombre que

¹²⁰ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.78, a.1. Ed. cit., vol. V, p.743.

¹²¹ “Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismo sufrimientos”. 1Pedro 5,8-9. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 1746.

¹²² Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.80, a.2. Ed. cit., vol. V, p. 770: “(...) Pues bien, el entendimiento por su propia inclinación se mueve cuando algo lo ilumina en orden al conocimiento de la verdad. Esto ciertamente no lo intenta el demonio, sino más bien entenebrece la razón para que consienta al pecado. Esta tenebrosidad proviene de la fantasía o del apetito sensitivo. Luego toda la operación interior del demonio se ejerce sobre la fantasía y el apetito sensitivo, moviendo las cuales puede inducirnos a pecado, bien presentando a la imaginación una forma imaginaria, bien estimulando el apetito sensitivo a alguna pasión”.

¹²³ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.81, a.1. Ed. cit., vol. V, p. 782.

¹²⁴ San Agustín, *De las costumbres de los maniqueos*, I,II, c.2, n.2. Citado en Canals Vidals, F., *Textos de los grandes filósofos – Edad Media*. Herder, Barcelona 1976, p. 55.

implica una privación de perfección, una ausencia de la plenitud que exige la naturaleza, es “el no-ser en el ser que debía ser”¹²⁵.

- El mal es actuar **contra la razón**. En efecto, dado que el bien es actuar según la propia forma y la forma del hombre es su alma racional, de esto se desprende que el mal sea un ir en contra de la misma razón.

A. Léonard sostiene que dado que el mal es por definición irracional y, en este sentido, incomprendible, no se puede pretender que sea perfectamente explicable porque si así fuese no sería realmente malo. Por eso el mal es un misterio y constituye para la Filosofía una puerta abierta a entrar en la luz de la Revelación¹²⁶.

- El pecado es **una conversión y una aversión** al mismo tiempo. Conversión a un bien finito, percedero, y una aversión a Dios, el Bien. Confiesa San Agustín:

“E indagué qué cosa era la iniquidad, y no hallé que fuera sustancia, sino la perversidad de una voluntad que se aparta de la suma sustancia, que eres tú, oh Dios!, y se inclina a las cosas ínfimas, y arroja sus intimidades, y se hincha por fuera”.¹²⁷

Si, entonces, lo consideramos más de cerca desde la Teología, debemos subrayar el aspecto de *aversión y rechazo a Dios y a su ley*.

El pecado es un acto humano malo, es decir, un acto voluntario separado de su regla o medida. Esta regla es impuesta en vistas al fin del acto. Si el fin último del hombre le es dado necesariamente, también el uso de los medios que a él conducen le son necesarios y sobre estos medios se pronuncia la ley. Por eso el pecado va contra la ley. Y así es definido por San Agustín como “dicho, hecho o deseo contra la ley eterna”¹²⁸. La ley eterna es la que ordena primera y principalmente al hombre a su fin y por eso le hace conducirse rectamente en los medios hacia dicho fin. Por ello el mal, que es contrario a esta ley, significa al mismo tiempo una aversión al fin y sus medios.

4.- LA RAÍZ Y EL PRINCIPIO DEL PECADO: LA AVARICIA Y LA SOBERBIA

De este modo se entiende que la “raíz” del pecado sea considerada la avaricia y la soberbia el “principio”: la primera por la conversión a un bien percedero en que consiste el pecado, la segunda respecto a la aversión a Dios que conlleva.

- La **avaricia**, en efecto, como sostiene San Pablo¹²⁹, es la raíz de todos los pecados. Y esto es así porque, como la raíz de un árbol que lo alimenta enteramente, así también por obtener riquezas uno puede estar dispuesto a pecar de múltiples formas ya que la riqueza es el medio para obtener cualquier bien temporal. Por eso algunos

¹²⁵ Cfr. Derisi, O.N., *Los fundamentos metafísicos del orden moral*. Educa, Bs. As., 1980 (4ta. ed.), pp. 91-92.

¹²⁶ Cfr. Léonard, A., *Le fondement de la morale*, op. cit., p. 330.

¹²⁷ San Agustín, *Confesiones*, I.VII, c.16, n.22, op. cit., pp. 291-292.

¹²⁸ Sent. 2 d.35, a.2.

¹²⁹ 1Tim. 6, 9-10: “Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores”. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 1704.

El mal es actuar contra la razón

El pecado es una conversión a un bien finito y percedero y una aversión a Dios, el Bien

El pecado va contra la ley

La avaricia es la raíz de todos los pecados

usan el término avaricia para referirse a todo deseo desordenado de bienes temporales o la inclinación de la naturaleza caída a querer de modo desordenado los cosas corruptibles¹³⁰.

La soberbia es principio de todo pecado

• La **soberbia**, por su parte, es principio de todo pecado.

*“El comienzo del orgullo del hombre es alejarse del Señor,
cuando de su Hacedor se apartó su corazón.*

*Que el comienzo del orgullo es el pecado,
el que se agarra a él vierte abominación.*

*Por eso les dio el Señor asombrosos castigos,
y les abatió hasta aniquilarlos.*

*Los tronos de los príncipes los volteó el Señor,
y en su lugar sentó a los mansos.*

*Las raíces de los orgullosos las arrancó el señor,
y en su lugar plantó a los humildes”.*¹³¹

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, fuera del orden de la recta razón, y en cuanto que es el fin, en el orden de la intención, de todo pecado se entiende que sea su principio (pues el fin es lo primero en el orden de la intención).

*“Para explicarlo debemos considerar que en el pecado, como acto voluntario que es, existe un doble orden: de intención y de ejecución. En el orden de la intención es el fin quien tiene razón de principio, según hemos dicho. Y en todos los bienes temporales, el fin que el hombre busca es poseer una cierta perfección y gloria. Por esta vía descubrimos que la soberbia, apetito de propia excelencia, se pone como indicio de todo pecado”.*¹³²

La parte formal del pecado es la aversión, como hemos señalado, y en la soberbia este elemento es directamente poseído mientras que en los otros pecados es algo como derivado ya que el rechazo a Dios se debe a una flaqueza, al deseo de un bien temporal, a una ignorancia. En la soberbia hay un explícito no querer subordinarse a Dios. Santo Tomás la considera como un pecado especial, como la reina y madre de todos los vicios¹³³.

La soberbia es el pecado por antonomasia

Este es entonces el pecado por antonomasia y es el conductor hacia todos los otros vicios; “es el completo estado de anti-Dios en la mente”¹³⁴. La soberbia del ángel caído le llevó a la negligente pretensión de ser Dios y no una creatura y la tentación aceptada por nuestros primeros padres los condujo a la tonta ilusión de creer que ellos pondrían las reglas del juego en la Tierra. El orgullo, sostiene Lewis, implica competencia, placer en considerarse por encima de los demás, gozo por el poder de

¹³⁰ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.84, a.1. Ed. cit., vol. V, pp. 819-820.

¹³¹ Eclesiástico (Si) 10, 12-15. *Biblia de Jerusalén*, op. cit., p. 969.

¹³² Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.84, a.2. Ed. cit., vol. V, p. 823.

¹³³ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q.162, a.8.

¹³⁴ Lewis, C.S., *Cristianismo... y nada más!*, op. cit., p. 123.

mover a los demás. Por eso la aceptación de Dios va estrictamente unida a la aceptación de que hay un Ser más poderoso que no es rival, justamente por su infinita distancia ontológica con la creatura. Por esa misma razón sin *humildad* se vuelve imposible entrar en relación con Él ya que la humildad modera el deseo desordenado de la propia excelencia¹³⁵.

Tan grave es la soberbia que puede ser considerada como un vicio universal por eso, incluso, no entra en la enumeración de los pecados capitales.

5.- LOS VICIOS Y PECADOS CAPITALES

Un pecado es causa de otro. Esta cadena de pecado da lugar, de este modo, a hábitos malos, es decir, vicios. Y hay ciertos vicios y pecados que de manera principal explican la procedencia de otros pecados. Se los llama “capitales” porque este término deriva de “cabeza” lo cual hace referencia al principio director de un hombre y así, metafóricamente, en cuanto son principios directivos de otros pecados se les da esta denominación.

*“Se llama vicio capital aquel del cual proceden, como de causa final –que es el origen formal–, otros pecados, según hemos dicho. Por tanto, el vicio capital es no solamente principio de otros pecados, sino en cierto sentido, directivo de los otros. Es condición de todo arte o hábito, cuyo objeto es un fin, presidir e imperar sobre los medios. Por eso San Gregorio compara estos vicios a los generales de un ejército”.*¹³⁶

Los pecados capitales¹³⁷ son los que tienen un fin con cierto predominio para mover el apetito a realizar otros pecados. Así son origen de otros por causalidad final. Cada uno de ellos constituye un modo desordenado de desear un bien y de apartarse del mismo auténtico bien.

- La **vanagloria**¹³⁸ trata de alcanzar desordenadamente la excelencia de la alabanza y del honor, ambos bienes del alma. Es el deseo desordenado de la propia alabanza, honor o gloria.
- La **gula** persigue desordenadamente la comida y bebida, bienes propios del cuerpo en vistas a la conservación del individuo.
- La **lujuria** busca desordenadamente los bienes referidos a los actos sexuales, naturalmente ordenados a la conservación de la especie, a la generación de la vida humana.
- La **avaricia** pretende los bienes exteriores, las riquezas de modo desordenado.

¹³⁵ “El apetito de grandeza y de excelencia no es vicioso si es ordenado, si es proporcionado a la condición de la persona. Por ello, la humildad no suprime toda aspiración, sino únicamente la desmedida”. Forment, E., *La persona humana*, op. cit., p. 813.

¹³⁶ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.84, a.3. Ed. cit., vol. V, pp. 824-825.

¹³⁷ Cfr. *Idem*, a.4, pp. 826-829.

¹³⁸ Algunos autores equiparan o reemplazan el término vanagloria por soberbia pero Santo Tomás no considera a ésta como vicio capital: “La soberbia no se identifica con la vanagloria, sino que es su causa. La soberbia busca la propia excelencia y la vanagloria busca la manifestación de esa excelencia”. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 162, a.8, ad2. BAC, vol. X, pp. 364-365.

Los pecados capitales son principios directivos de otros pecados

- La **tristeza** o *acedia* hace huir del bien espiritual que supone un esfuerzo para ser obtenido. Por este vicio se considera triste y sombrío el bien recibido de Dios produciendo como efecto la falta de ánimo y cierto tedio en el obrar.
- La **envidia** es la tristeza del bien ajeno considerado como un obstáculo para nuestra propia excelencia pero sin rebelión. Es un entristecerse por los bienes de los otros en cuanto que exceden a los propios¹³⁹.
- La **ira**, en cambio, supone frente a ese bien ajeno una rebelión que pide venganza.

6.- LOS EFECTOS DEL MAL MORAL

El pecado disminuye la inclinación natural a la virtud

- El primer efecto del pecado recae sobre la **inclinación natural a la virtud** la cual se ve disminuida, ya que cuando se adquiere, por repetición de actos, la inclinación hacia el mal se menoscaba la inclinación contraria, esto es, a obrar según la razón.

Santo Tomás, siguiendo a San Beda el Venerable, enumera cuatro **llagas o heridas** que el pecado original produjo en la naturaleza humana:

“Mediante la justicia original, la razón dominaba las fuerzas inferiores y, al mismo tiempo, ella estaba sometida a Dios. Esta justicia original desapareció por el pecado original; y, como consecuencia lógica, todas esas fuerzas han quedado disgregadas, perdiendo su inclinación a la virtud. A esa falta de orden respecto del fin es a lo que llamamos llaga de la naturaleza. Y como son cuatro las potencias del alma que pueden ser sujeto de la virtud, a saber, la razón, en quien radica la prudencia; la voluntad, que sustenta a la justicia; el apetito irascible, que sostiene a la fortaleza, y el concupiscible, en que está la templanza, tenemos que, en cuanto que la razón pierde su trayectoria hacia la verdad, aparece la llaga de la ignorancia; en cuanto que la voluntad es destituida de su dirección al bien, la llaga de la malicia; en cuanto que el apetito irascible reniega de emprender una obra ardua, la llaga de la flaqueza, y en cuanto que la concupiscencia se ve privada de su ordenación al bien deleitable, conforme a la ley de la razón, la llaga de la concupiscencia”.¹⁴⁰

Ignorancia, malicia, debilidad y mala concupiscencia son heridas que el pecado original produjo en la naturaleza humana

Ignorancia, malicia, debilidad (o flaqueza) y mala concupiscencia son, entonces, los cuatro grandes desordenes que las virtudes cardinales deben subsanar.

- También trae aparejado el pecado original, como consecuencia de la **pérdida de la justicia original**¹⁴¹, con carácter de pena, la **muerte** y los demás **defectos corporales**.
- El pecado produce una **mancha en el alma**¹⁴² y esto significa una pérdida de su brillo, del brillo por la presencia de la razón natural y del brillo producido por la

¹³⁹ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q.36, a.2. Ed. cit., vol. VII, pp.1048: “En cuarto lugar, puede uno entristecerse de los bienes de otro en cuanto le excede en los mismos y esto es propiamente la envidia. Es siempre cosa mala, como enseña también el Filósofo, pues se duele de lo que debería alegrarse, a saber, del bien del prójimo”.

¹⁴⁰ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.85, a.3. BAC, vol. V, pp. 840-841.

¹⁴¹ Esta justicia original es el estado propio de los primeros padres antes de la caída.

¹⁴² Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.86, a.1-2. Ed. cit., vol. V, pp. 852-856.

gracia. En el acto malo, el amor a un bien desordenado que no está conforme ni con la luz de la razón ni con la ley de Dios produce, por este contacto, una mácula al objeto amado, metafóricamente hablando. Y en cuanto el pecado es habitual esta mancha perdura.

• El **reato** u obligación a la pena es otro efecto del pecado. El pecado es un acto desordenado, un acto contra un orden, y quien se levanta contra un orden establecido, es lógico que el mismo orden o quien lo cuida le dé un castigo merecido. Siendo la voluntad humana quien realiza un acto moralmente malo, cuando peca rompe tres órdenes a los que está sometida: el orden de la razón, el orden exterior del que gobierna y el orden universal del gobierno divino:

*“Por el pecado se rompe cada uno de estos tres órdenes; pues quien peca obra contra la razón, contra la ley humana y divina. Se hace digno, por consiguiente, de una triple pena: la primera procede de sí mismo, el remordimiento de la conciencia; la segunda, del hombre exterior; la tercera, de Dios”.*¹⁴³

Igualmente, se puede decir que un pecado es también pena de sí mismo, sea por la aflicción interna que acarrea o por el daño exterior que produce.

Cuando se corrompe por el pecado el principio mismo del orden por el cual el alma se dirige a Dios como a su fin último, entonces la pena que le sigue es eterna por ser este desorden irreparable (excepto por la intervención de Dios), ya que el que pone su fin en el pecado, tiene la voluntad de pecar siempre. Esto sucede en el caso de pecados “mortales”, llamados a sí por semejanza a las enfermedades corporales mortales que son irreparables por haber destruido algún principio interior¹⁴⁴. En efecto, estos pecados destruyen la caridad en el corazón del hombre apartándolo de Dios, su fin último, optando por un bien finito¹⁴⁵. Y por eso se habla de muerte del alma. Se opta por el egoísmo, sólo se tiene como criterio el propio interés.

En cambio, si la oposición del pecado no es al fin último sino a los medios, atendiendo demasiado a las cosas temporales, entonces la pena es temporal. Y esto sucede en los pecados “veniales” que son desordenes con respecto a los medios pero que conservan la inclinación al fin último; dejan subsistir la caridad aunque la ofenden y hieren¹⁴⁶. Por eso son reparables, tienen abierto el camino que conduce al perdón.

La pena en sentido estricto, esto es bajo el aspecto común de pena y no como la pena satisfactoria que es voluntaria, siempre se relaciona con una culpa anterior, ya sea por un pecado actual cometido o por la culpa originaria.

• Y finalmente, también se debe señalar la presencia de un efecto interior fácilmente constatable en las experiencias de pecado: el mal **desdobra interiormente** al hombre.

*“...porque el hombre perverso, sin duda, no es uno, sino múltiple, y en el mismo día es otra persona e inconstante”.*¹⁴⁷

El mal desdobra interiormente al hombre

¹⁴³ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, q.87, a.1. Ed. cit., vol. V, p. 861.

¹⁴⁴ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Suma contra los gentiles*, I.III, c.139. Porrúa, México 1991, pp. 502-504.

¹⁴⁵ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, op. cit., nn. 1855-18561, pp. 476-477. “Para que un pecado sea mortal se requieren tres condiciones: *es pecado mortal lo que tiene como objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y deliberado consentimiento*”.

¹⁴⁶ Ibidem.

¹⁴⁷ Aristóteles, *Ética Eudemia*, I.VII, c.6, 1240b1. Gredos, Madrid 1995, p. 512.

CONCLUSIÓN

Siendo el bien ontológico (e imposible el mal ontológico), el mal moral aparece esencialmente como algo antinatural, algo contrario al mismo ser del hombre, fruto, sin embargo, de una libertad descentrada del verdadero bien. El pecado contraría la recta ordenación del hombre hacia su felicidad, obsesionándose con un bien finito y perecedero.

SÍNTESIS

- El mal moral es un acto humano *desordenado* en vistas a su fin propio.
- Las causas interiores del pecado son la ignorancia, las pasiones y la malicia de la voluntad principalmente.
- El pecado es un acto *contra la naturaleza* y *contra la razón*.
- El pecado es una conversión a un bien finito y una aversión al Bien Infinito.
- La raíz del pecado reside en la *avaricia* por consistir en una conversión a un bien perecedero.
- El principio del pecado está en la *soberbia*, apetito de la propia excelencia.
- Los pecados capitales son principios directivos de otros males morales.
- El pecado original dejó “heridas” en las facultades de la naturaleza humana.
- El pecado produce una *mancha* en el alma y da lugar a la pena y al *desdoblamiento interior*.

BIBLIOGRAFÍA

Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, qq.71-89.

Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1846-1876.

Pieper, J., *El concepto de pecado*.

Rodríguez Luño, A., *Ética*, pp. 49-55.

Royo Marín, A., *Teología moral para seglares*, pp. 189-217.